



Santi Vila

Vencer y convencer

Del banquillo del Supremo
al compromiso con la reconciliación

Santi Vila
Vencer y convencer

Del banquillo del Supremo
al compromiso con la reconciliación

ediciones península

© Santiago Vila Vicente, 2020

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero de 2020

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2020
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B. I. 203-2020
ISBN: 978-84-9942-891-8

ÍNDICE

A modo de presentación	11
------------------------	----

PRIMERA PARTE EN EL BANQUILLO DE LOS ACUSADOS

1. Rosalía canta en los Goya <i>Me quedo contigo</i>	29
2. Cuestiones logísticas	39
3. ¡Que hablen los acusados!	59
4. Mi declaración y la de Urkullu	75
5. ¡Todo es mentira! El <i>show</i> de la fase testifical	89
6. Las disfunciones cognitivas	101
7. Y usted, ¿por qué no se fue antes?	125
8. Dolor y gloria: Sant Jordi en Madrid	137
9. ¡Visto para sentencia!	153

SEGUNDA PARTE
¿Y AHORA QUÉ? DE NUEVO... ¿A POR ELLOS?

10. El campo catalanista, arrasado	175
11. La (des)memoria de Soraya Sáenz de Santamaría	185
12. La respuesta española: ¿A por ellos?	193
13. Patriotismo constitucional	207
14. ¿España republicana?	219
15. El futuro no está escrito. Crítica, compasión y compromiso	233
16. Decálogo (mínimo) para poder salir adelante	249
Epílogo	267
Índice onomástico	279

ROSALÍA CANTA EN LOS GOYA
ME QUEDO CONTIGO

Si me das a elegir...

ROSALÍA, 2019

Madrid, 12 de febrero de 2019. Según dice el refrán, lo único que hay por encima de Madrid es el cielo. Y el cielo, el 12 de febrero de 2019 en la capital de España se vistió de gris y de tristeza, seco y justiciero. Como tantas otras veces, aquel día yo podía haber ido a la capital a sacar a la Cibele a bailar o a buscar la caricia esquiva del sol de invierno cerceando con amigos por el Florida, en el Retiro. Podía haber ido a Madrid a una función del Real, hoy reinventado como abanderado de la innovación y el riesgo artísticos, o simplemente haber vuelto para ir de tapeo por Ponzano o de moderneo por Jorge Juan. De haberlo hecho, me habría acompañado de amigos madrileños o de afuera, para los que aquello que escribió Jaime Gil de Biedma en 1962 sobre que «de todas las historias de la Historia, sin duda la más

triste es la de España, porque termina mal» es ya simplemente eso, una más de las historias de la historia. De haber ido a Madrid *motu proprio*, mis conversaciones no hubieran sido tristes ni decadentes, sino que hubieran versado sobre la cara limpia de la *Julia* de Plensa, en la plaza de Colón; sobre la paradójica exposición de Banksy que inauguró el 2019 en Ifema o sobre la rotunda emoción que sentimos todos con Rosalía y su interpretación del *Me quedo contigo* en la última edición de los Goya.

Pero el 12 de febrero de 2019 otros políticos y activistas catalanes y yo llegamos a Madrid acusados de haber cometido delitos muy graves, de rebelión y sedición los unos, de malversación y desobediencia los otros. Como relaté por aquellos días en mi artículo quincenal para *La Vanguardia*, el respeto al Tribunal Supremo, a los demás acusados y a sus estrategias de defensa me imponían discreción y prudencia. Porque llegados a aquel punto, las explicaciones exculpatorias e inculpativas de unos y otros debían ser esgrimidas ante el Tribunal, no en una hoja de periódico o en una tertulia televisiva. Pero aun siendo así las cosas, a nadie se le escapó la excepcionalidad de la situación que vivíamos, tan impropia de una (nuestra) democracia madura, como la española.

Porque este país que hizo de su transición a la democracia y de su Constitución de 1978 un ejemplo para los que siempre han sido más partidarios de la reconciliación y el consenso que de las grandes victorias y el escarnio, cuarenta años más tarde parecía de nuevo resignado a volver a errar en su camino y a conceder nuevo protagonismo a los diablos que tanto nos atormentaron en el pasado. Como si unos y otros hubiéramos enfermado de amnesia o revanchismo, parecíamos dispuestos a creer de nuevo más en la

imposición que en la transacción, en el imperativo legal que en la duda filosófica, en el castigo y el enfrentamiento que en el diálogo, la piedad y el perdón.

Rosalía emocionó al público congregado en los Goya revisitando el *Me quedo contigo*, un clásico de Los Chunguitos que yo había escuchado por primera vez hacía muchos años ya, en una película punki de Carlos Saura, y que constituía un crudo retrato de una España por aquel entonces todavía gris y sin esperanza para los jóvenes de barrio. Pero la versión actual de Rosalía ya no tuvo nada de la oscuridad ni de la tristeza propias de los ochenta; al contrario, fue todo color y vida. En las 24 horas que siguieron a aquella gala, el canal oficial de YouTube de RTVE recibió más de un millón y medio de visitas, acreditación de una nueva sensibilidad ciudadana, que ya nada tiene que ver con la rudeza de aquellos años tristes. Acompañada del Cor Jove de l'Orfeo Català, la catalana interpeló con su voz a lo mejor de nosotros mismos, hurgando en lo populachero y antiguo de nuestro pasado para recordarnos —por si lo habíamos olvidado— en quiénes nos hemos convertido los ciudadanos españoles: ¡en protagonistas de una verdadera historia de éxito!

Pensé entonces y pienso ahora, honestamente, que también España, como Rosalía, ha ganado el desafío de la modernidad. Pero para que su éxito se proyecte en adelante como ha hecho en su pasado reciente es obvio que debe regenerar los consensos básicos en torno a un proyecto y unos valores compartidos por todos los ciudadanos, los que se encarnaron en los mejores hombres de las Cortes de Cádiz y en los padres de la Constitución de 1978. Estos consensos, seamos claros, hoy se han roto, y no es justo pedir a la justicia que sea ella quien los restaure. Como suspiré en mi alegato final ante

el Tribunal Supremo, bastaría con que, con sus decisiones, el Tribunal formase parte de la solución y no del agravamiento del problema. Porque pedirle al Supremo que resolviera el problema catalán era como pedir al mejor de los traumatólogos que operara con éxito una ortodoncia. Ni era su misión ni, como ya se había visto durante toda la fase de instrucción, el interpelado disponía del utillaje adecuado para llevarla a cabo.

En los cuatro meses que siguieron al 12 de febrero, el Tribunal procuró llevar a cabo su cometido y los acusados nos aferraremos honestamente a acreditar nuestra inocencia. Mientras tanto, a muchos ciudadanos solo les quedó la esperanza de imaginar que sus políticos resintonizarían con la sociedad que ha hecho posible las Rosalías; los Ponzanos y los Jorge Juanes en Madrid; la Sagrada Familia, el Born y el passeig de Gràcia, en Barcelona. Y que con este propósito retomarían su empeño para sembrar nuevas semillas de reconciliación, libertades y progreso para todos. De ello dependería que el 12 de febrero de 2019 pasase a ser una nueva fecha infausta en la historia de España o un momento (re)fundacional, en donde todos pudiéramos corear, libremente, sin complejos, ¡que me quedo contigo!

Ciertamente la afirmación de que España ha ganado el desafío de la modernidad, aunque no es nueva, sigue siendo controvertida, sobre todo en Cataluña y en ámbitos ideológicos situados a la izquierda. Los profesores Juan Pablo Fusi y Jordi Palafox lo defendieron de forma académica a finales del siglo xx, cuando escribieron su importante ensayo *España: 1808-1996. El desafío de la modernidad*.^{*} Después

^{*} Fusi, Juan Pablo, y Palafox, Jordi, *España: 1808-1996. El desafío de la modernidad*, Espasa Calpe, Madrid, 1997.

llegarían los años de economías boyantes y políticos engraidos que, mientras fumaban ostentosos puros y reposaban sus botas de *cowboy* impostadas sobre las mesas de salones presidenciales, jugaban con las vidas de terceros en las Azores. La comprendida entre 1996 y 2006 fue una década prodigiosa, es cierto, aunque por lo que vino después, quizás no lo suficiente como para resolver de una vez por todas, en España, el tan ansiado desafío de la modernidad que supone construir un Estado, una economía y unas formas de vida liberales y avanzadas, cuando menos, perfectamente homologables a las de otros países europeos.

En primer lugar, por razones económicas. A partir de 2007, la crisis económica mundial se cebó en una España que asistió a la concatenación de problemas, desde la burbuja inmobiliaria que hundió empresas y familias, atrapadas por créditos hipotecarios superiores al valor real de sus viviendas, a la crisis bancaria de 2011 o el colapso de la Hacienda Pública, desbordada por su déficit desbocado y su sobreendeudamiento. Así las cosas, en el primer trimestre de 2013 los niveles de desempleo alcanzaban su máximo histórico, con más de seis millones de parados, el 27 por ciento de la población.

Pero también por razones culturales, como es sabido, siempre mucho más arraigadas en el corazón de los hombres que las estrictamente materiales. Y es que resulta paradójico que la leyenda negra construida por la política en los Países Bajos y el Reino Unido a partir del siglo xvi y asumida por la literatura y de forma acrítica en España, sobre todo a partir del pesimismo noventayochista, no acabara de morir nunca del todo. Sea porque el proyecto de construcción nacional español nunca se ha completado del todo; sea porque ya desde sus inicios como nación moderna —o muy

poco después—, desde la periferia peninsular se articularon movimientos políticos alternativos al español e igualmente determinados a construir su propio imaginario nacional; o sea porque ya desde edades muy tempranas las izquierdas españolas se desvincularon de la construcción nacional por considerarla solo un proyecto burgués o de clase que no les interpelaba a ellos de forma directa, el caso es que en la identidad española subyace una especie de complejo de inferioridad con respecto a otras naciones de su entorno. Puestos a comparar, esto resulta, como mínimo, sorprendente, en la medida que estas tienen también un pasado reciente igual de bochornoso que España, si no más. Así, no deja de ser curioso que pocos belgas se avergüencen de las gestas rapaces patrocinadas por su rey Leopoldo en el Congo; que ningún francés tenga remordimientos por su pasado colonial sanguinario en Argelia; que ningún italiano recuerde sus escarceos genocidas en Abisinia y que, sin embargo, aún hoy, en pleno 2019, periódicamente los españoles sientan la necesidad de disculparse por la «conquista» de América, por su oscurantismo decimonónico o por las injusticias, torturas y demás sufrimientos ejecutados por la Inquisición tardomedieval de Torquemada, justo hace dos días, esto es ahora hace más de quinientos años (sic). Y es que ¿a alguien se le ocurre plausible que el presidente Trump pida públicamente perdón por el asesinato fanático de las brujas de Salem, en Massachusetts, en 1692? ¿O resultaría acaso sensato pedirles a los catalanes de hoy que se disculpen por las cruzadas sanguinarias de sus almogávares medievales? Este planteamiento, a todas luces estúpido, no lo es tanto cuando, aplicado a España, el rey Felipe VI viaja por ejemplo a Latinoamérica y, como le pasó en marzo de

2019, sufre el bochorno de tener que escuchar cómo don Andrés Manuel López Obrador, un político justamente de origen criollo, el jefe de Estado de una nación para nada irrelevante como es México, tiene la ocurrencia ni más ni menos que de publicitar que acababa de enviar una carta al rey de España y al papa Francisco exigiéndoles disculpas por los agravios cometidos durante la conquista de lo que hoy es su país. Lejos de intentar disimular o pasar directamente por alto tal excentricidad y despropósito, el partido político Podemos, a través de su cuenta de Twitter, canal oficial del disparate, en boca de Ione Belarra se apuntó de inmediato al cachondeo y felicitó a López Obrador por sus declaraciones: «Tiene mucha razón en exigirle al rey que pida perdón por los abusos de la conquista» (sic). Es más, ya puestos, Belarra afirmó solemnemente que, si los de su partido llegaban al Gobierno, prometían trabajar por reparar el daño causado. Poco tardaron también los del Gobierno de Torra a sumarse al follón populista, en este caso a través de las medidas palabras del *conseller* d'Acció Exterior, Alfred Bosch. Puesto ya a regodearse en el despropósito y el recochineo, el 19 de junio de 2019, en su también viaje oficial a México, en el marco de la visita al Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas, Bosch pidió disculpas a los aborígenes por las matanzas y agravios cometidos por los españoles durante la conquista (1519-1521) y se comprometió a trabajar codo con codo para recuperar «toda la dignidad que nunca debería haberse perdido». Ahí queda eso. Que el problema es grave y no está resuelto lo certificó Irene Lozano, secretaria de Estado del primer Gobierno Sánchez, cuando justificando la creación de España Global, una institución diseñada para la promoción de la Marca España en el mundo, afirmó

que «nos hemos dado cuenta de que a los españoles nos falta narrarnos a nosotros mismos, que no hemos trabajado nuestro relato histórico».*

Bromas o digresiones políticas aparte, parece bastante evidente que cualquier nación o cultura política occidental puede acreditar sin demasiado empeño haber formado parte como mínimo de dos tradiciones, la liberal o la reaccionaria e intolerante, tal y como escribió Carles Cardó pensando en la historia de la Iglesia católica española. México puede (auto)representarse como la nación que bajo el liderazgo del presidente Cárdenas un día fue patria de acogida para los más de veinticinco mil españoles que, en 1939, a bordo del *Sinaia*, tuvieron que abandonar su tierra, o hacerlo como nación indigenista, anticapitalista y eternamente agraviada por los imperios de antaño. España bien puede construir su imaginario colectivo cantando, con sus legionarios a pie de playa malagueña, que «somos los novios de la muerte» o, al contrario, reivindicar su momento fundacional en Cádiz, en 1812, el día de toda su historia en que seguramente los españoles fueron más internacionales. Y puede hacerlo recreándose en sus glorias y autores castellanos, siempre castizos, sempiternos y universales, o siendo sensible a su diversidad, a su condición innovadora, mestiza y de mosaico, en palabras de Gabriel de Magalhães. Pensando en el futuro, y antes de aprobar nuevas iniciativas de diplomacia pública o de reescribir relatos cohesionadores que a ciencia cierta resultarán controvertidos, sería bueno que la Secretaría de Estado reflexionara sobre ello.

* Al respecto, véase Jordi Amat, «Diplomacia excluyente», *La Vanguardia*, 17 de septiembre de 2019, p. 18.

A título personal, después de haber vivido tantos años el Orgullo en Madrid, de haber disfrutado intelectualmente de tantos encuentros académicos y empresariales en La Granja de Segovia, en el palacio de la Magdalena de Santander o en tantas otras universidades; después de haber recorrido centenares de pueblos y ciudades, de facultades, centros de investigación y empresas españolas, me niego a aceptar que España sea la Quema de Judas en Chozas de Canales, en Toledo, o la de Coripe, en Sevilla, por mucho que cuatro bárbaros insensatos tengan la ocurrencia de personalizar la quema del traidor Iscariote en la figura de Carles Puigdemont, como hicieron en la representación de la Semana Santa de 2019, cuando al expresidente de la Generalitat se le fusiló y se le prendió fuego simbólicamente. Prefiero creer que la encarnan Rosalía o, por qué no, Miguel Gallardo, el joven gaditano nacido en una pequeña aldea encaramada en una ladera de Tarifa y que, en junio de 2019, obtuvo la mejor nota de selectividad de España, 14 sobre 14, después de haber estudiado en una escuela pública de pueblo, al compás de los aerogeneradores que inundan su paisaje y que simbolizan nuestra modernidad. Prefiero pensar que hay una España más allá de la que encarnan las luchas fratricidas de los partidos políticos y las broncas radiofónicas, de hombres y mujeres de buena fe, liberales, «en el buen sentido de la palabra», que hubiera dicho Machado. Una España que siente como propio el dolor de los agravios a los catalanes catalanistas. Porque estoy seguro, como lo estuvo Manuel Azaña en su discurso en Barcelona en 27 de marzo de 1930, que a muchos españoles «el rubor nos embargaba al ver que para oprimir a los catalanes se invocaban las cosas más nobles, profanadas por la tiranía. ¿Vosotros os doléis justamente de

que se oprimiese a Cataluña? Pero ¿no habíamos de indignarnos aún más al ver que para oprimir a vuestra patria se tomaba como pretexto a otra patria [...] que se cometía la indigna falsedad de lanzar contra este país la idea de una España incompatible con las más sencillas y justas libertades de los pueblos? Contra todo esto se eleva nuestra protesta». * La protesta de los hombres y mujeres de buena fe.

Como ha recordado recientemente Santos Juliá, fallecido justamente mientras yo escribo este capítulo, en su libro *Demasiados retrocesos*, sobre el que me apoyé durante mi alegato final en el juicio al *procés*, el problema no es que España no haya sido capaz a lo largo de estos dos últimos siglos de superar el desafío de la modernidad. El problema han sido sus excesivos retrocesos (un siglo de guerras civiles, el golpe de 1923, el golpe de 1936 y los siguientes cuarenta años de dictadura...). La clave, en todo caso, como advirtieron Fusi y Palafox, es que estos en ningún caso fueron inevitables. En cada uno de esos momentos críticos pasó lo que pasó, pero no necesariamente lo que pudo haber pasado. De nuestra generación depende formar parte de uno más de estos retrocesos o determinarnos a superar el embrollo en el que, por nuestras propias decisiones, algunos más (i)responsables que otros, nos hemos metido.

* «La libertad de Cataluña y España.» Discurso en el restaurante Patria, Barcelona, 27 de marzo de 1930, en Manuel Azaña, *Discursos políticos*, Crítica, Barcelona, 2019, p. 74.